

determinado y especial desde el cual puede distinguirla perfectamente el espíritu humano, y si el incrédulo no la ve, consiste en que no se halla colocado en este punto de vista. Colóquese en él como debe y la verá: por nuestra parte, y á fin de auxiliarle en el cumplimiento de este deber, nos hemos tomado el trabajo de escribir este libro.

En él nos salimos del camino trillado por la apologetica tradicional; mas pueden seguirnos sin temor lectores acostumbrados á los senderos largos y seguros. Si nos apartamos de las que podríamos llamar *vías romanas* de la controversia religiosa, no por esto las perderemos de vista en un solo punto, ya que el presente volumen no ha de ser, en último resultado, otra cosa más que el desenvolvimiento de una tesis á duras penas indicada por ciertos teólogos clásicos, bajo el título de: *Prejudicia adversus incredulitatem*.

LIBRO PRIMERO.

DE LA INCRUDULIDAD

ENGENDRADA POR LAS PASIONES.

LIBRO PRIMERO

DE LA INGRECULIDAD

CAPITULO PRIMERO.

EFFECTOS DEL SENSUALISMO EN LAS CREENCIAS
RELIGIOSAS.

De todas las pasiones que germinan en el corazón humano, ninguna ejerce respecto de la fé una acción más deletérea que la voluptuosidad. Al expresarnos en estos términos entiéndase que no nos referimos al arrebato pasajero producido por excitación voluptuosa, sino al vicio, constituido en estado habitual: es decir, que no lo consideramos, si así podemos decirlo, romancescamente, sino como causa de inmoralidad. Debemos añadir, sin embargo, que es frecuente verla llegar á semejante extremo, sin perder no obstante el lenguaje del sentimiento étéreo. El

hombre cubre cuidadosamente de flores y perfumes las sentinas de su corrupcion interior, para que su conciencia pueda descender hasta ellas sin que deba retroceder presa del asco inspirado por la repugnancia.

La voluptuosidad así entendida, conviértese con el tiempo en una debilitacion de la luz natural; en una nube de sangre y lodo que se levanta delante de la luz sobrenatural; en una postracion de la voluntad, que va á buscar en la blasfemia la explicacion y la excusa de sus humillaciones.

Es un hecho indubitable que para creer no basta con tener inteligencia; mas tambien es cierto que toda inteligencia debidamente conservada, se halla más bien dispuesta para admitir y comprender lo que es fé. ¿Habrà pues error en la opinion, generalmente admitida, de que la tarafia de los sentidos agota la sàvia del espíritu? Nó: este vicio hurta paulatinamente la energía á la inteligencia para dársela á la materia: distribuye al organismo las fuerzas del cerebro y esta llama que era un presente del cielo cuando tenia su morada en la cabeza, al pasar á los músculos del cuerpo, conviértese en incendio devorador. Es una ley moralizadora y conservadora, impuesta al espíritu por la Pro-

videncia, la de que en el momento en que se inflama por la pasion, se extingue para la idea.

Se me dirá tal vez que muchos escritores y artistas de verdadero génio, llegaron á alcanzar renombre general, con todo y distar mucho de ser modelos de pureza; mas no vacilamos en asegurar que jamás fueron grandes y viciosos á un mismo tiempo: la musa de la inspiracion al verse ultrajada en sus hogares, los abandonaria en tanto no se la prestaran las consideraciones debidas. En semejante situacion ha podido verse á los hombres de génio remontarse penosamente con alas que se negaban á llevarlos, sin que pudieran alcanzar las cimas de la sublimidad, mientras no trataran de reconquistarlas por medio de sacrificios regeneradores.

Por lo demás, si existe una edad en que el sensualismo no es otra cosa más que momentánea parálisis del espíritu, hay otra en que se convierte en enfermedad moral. ¡Cuántas vidas preciosísimas de grandes hombres ha segado en flor. No tengo por qué ocultarlo: así como inapifan profunda compasion las tiernas criaturas que mueren sin bautismo, no puedo ménos que compadecer cristianamente á esos seres privilegiados que habrian sido grandes siendo castos, y que se extinguieron antes de haber conquista-

do un nombre que legar á la posteridad, porque las pasiones les impidieron llegar á completo florecimiento! La voluptuosidad es esencialmente mortífera con relación al g6nio que nace, y su mayor atentado, despues de la muerte de las almas, consiste en excavar incesantemente en las entrañas de la sociedad, con el objeto de ahogar la inteligencia en estado de embrión, y llevar á cabo lo que poria llamarse el infantilicidio del talento.

Generalizando ahora la cuestion, ¿quién es capaz de decir el punto de desarrollo que habria alcanzado la humanidad, si sus excesos no la hubiesen detenido y retrasado en la carrera de su educacion? De seguro no obraba inconsistentemente la mitologia pagana, al representar con cabezas de animales á aquellas de sus divinidades que se entregaban á los placeres de la materia. El abuso de las sensaciones carnales agota la vida del espíritu en provecho de la materia, y por este camino el hombre, en mayor ó menor grado, se convierte en bruto. Bajeza funesta que corresponde frecuentemente á una media proporcionada de incredulidad, porque Dios y la b6stia constituyen los dos extremos de la gerarquía inteligente, y cuanto más

se inclina el hombre hácia el bruto, ménos aptitud tiene para el conocimiento de Dios.

Tenemos pues que la voluptuosidad predispone el espíritu á la negacion, empujueñiciéndolo y entregándolo al escepticismo.

Escepticismo respecto á los verdaderos deberes del hombre. No hay pasion alguna que dé lugar á más perjuri6s que la voluptuosidad. La primera vez que el hombre juega con su palabra, generalmente obra impulsado por el deseo de los geceos más groseros: no vacila en cometer un perjurio, y lleva sin remordimiento la mano al corazon para mejor disfrazar imposturas del sentimiento. Mas no se juega impunemente con la falsedad en la conducta, sin que quede algo en el fondo de las ideas. Como todas las verdades se mantienen, el voluptuoso en virtud del desprecio con que mira las leyes del pudor, hállase desde luego inclinado á dudar de sus sanciones. La fé puede en rigor subsistir en una alma sin moralidad; pero de hecho, la pérdida de la segunda dispone á apostatar de la primera, puesto que la religion del honor y la del Evangelio se apoyan mutuamente.

Escepticismo respecto de la libertad moral. La virilidad del alma muere, como la honestidad de la conciencia, por la opresion del libarti-

naje. La voluptuosidad procede contra sus victimas de la propia suerte que Dalila en contra de Sanson, adormeca para mejor encadenar. Desgraciado de aquel que se entrega al sueño en brazos de ese encanto arrobador, porque al despertar se encontrará atado. Si es hombre de mundo, se sentirá herido de anestesia moral y solo prestará á las cosas más importantes de la vida una atención pasajera y de todo punto impotente: si fuere soldado, las delicias de Cápua le tendrán ante las puertas de Roma: siendo rey, incurrirá en debilidades que acabarán por hacer que caiga de su cabeza la corona. Si fuese una raza en lugar de un hombre, la voluptuosidad penetrará hasta los manantiales de su sangre para bastardearla, ó imprimirá el estigma de la vergüenza sobre las frentes enaltecidas por los siglos: si fuese finalmente un pueblo, ¿ah, si fuese un pueblo, quién será capaz de contar la ignominia de sus bajezas y envilecimiento? Otros habrán caído estrepitosamente y de una manera digna; este concluirá despues de haber recorrido un camino de lenta y miserable decadencia: aquellos habrán sucumbido bajo la potente espada del vencedor; este se extinguirá paulatinamente en las sentinas de la disolución; y en tanto que Cartago, la astuta reina de los mares, al-

caza el honor de sucumbir en un día de batalla, iluminada por los resplandores de inmenso incendio, la impúdica Roma cae pieza á pieza como carne roida para la disipación, empleando en morir nada ménos que trescientos años.

Cuando el hombre ha permanecido durante largo tiempo sometido á esa influencia nefasta, queda convertido en despreciable juguete de su sensación; arrástrase por el suelo, dice San Agustín, sin que logre incorporarse por más esfuerzos que haga; declárase libre con respecto á Dios y á todos los demás poderes, y se proclama esclavo de sus propias pasiones. Finalmente, el decaimiento le conduce á todas las desgracias y á todas las blasfemias, porque para creer en el deber, necesita creer un poco en sí mismo. Dudar del poder que se tiene de obrar el bien, es dudar del mismo bien. Al comunicar impotencia á la voluntad, la voluptuosidad siembra negaciones en el espíritu.

Exceptionismo respecto de las cosas del corazón. No conozco falsedad superior á la cometida por el diccionario, cuando emplea la palabra amor para expresar ciertos placeres físicos. Los paroxismos de la pasión ahogan la sensibilidad, llegándose á ese extremo por medio de una dilatada série de decaimientos y dolores.

Desde luego tenemos que la voluptuosidad fascinando al corazón, lo rebaja; pues que lo lleva en pos de degradantes miserias, obligándole á mendigar reciprocidades infamantes y reduciéndolo al estado de esas inmundicias que huele con repugnancia el viandante; *quasi stercus in via conculcabitur* (1) Las sensaciones después de haber agotado la pureza del corazón, lo ensanchan desmesuradamente; proporcionándole felicidades devoradoras, que en vez de calmar su sed, la acrecientan sin cesar, hasta tanto que habiendo llegado á sus pliegues más recónditos excitado por extrañas exigencias, acaricia los sueños más imposibles exclamando continuamente; *dadme algo nuevo, affer affer*, y embrutecido y hambriento, halla al par en los placeres de la carne el martirio y el decaimiento.

Y no hay por qué sorprenderse: buscaba la reciprocidad y solo ha alcanzado crueles misificaciones. ¿Ha conseguido lo que pretendía? Hasta su misma dicha se convierte en causa de desventura. Restanle largas horas de horribles celos, durante las cuales, luchando entre el amor y el odio, hallaráse combatido por contrarios

(1) Eclesi., 9 10.

sentimientos, suscitados por un demonio que desencadena contra sus víctimas, todas las furias del infierno. El corazón desaparece ante el torcedor horrible de los celos. Hay fatigas de sensibilidad agotada y extragada que hacen más amargas que las otras las voluptuosidades sin afecto. Finalmente, el voluptuoso solo podrá dar un poco de oro en cambio de algunas vergonzosas caricias. Esta despreciable expresión de las humanas simpatías obtendrá castigos dignos de su bajeza. Horrendas perdidas, famélicas explotaciones que pierden las libertades y sus consecuencias, y que vengán la causa del pudor por medio de innumerables desgracias y desesperaciones. Llegado á tal extremo de latitud el corazón, solo tiene ya un soplo de vida. El epicureo vuelve un día la vista á su pasado, y no descubriendo un solo recuerdo al cual preste encantos la virtud, ni un solo afecto que el vicio no haya manchado, declara que el corazón es una mentira. Hace ya muchos años que el Espíritu Santo predijo que la inapudicia mata el afecto. *Fornicatio et ebrietas auferunt cor.* (1)

Y cuando el hombre no cree en el corazón,

(1) Oseas, 4 11.

¿en qué puede creer? Siendo Dios el amor por esencia, directamente le alcanza dicha negación, y por consiguiente, toda blasfemia de sentimiento implica virtualmente la impiedad.

Hasta el arte ha venido en apoyo de esta verdad, al hacer del voluptuoso que ha agotado la copa de los placeres un fanfarrón de irreligiosidad. Tal es la idea profunda que ha engendrado esos tipos famosos, colocados por la fantasía literaria en la familia de las Lelias y los D. Juan: creaciones impuras que nos ponen de manifiesto la incompatibilidad lógica que existe entre el sensualismo y la incredulidad, es decir, la impiedad naciendo naturalmente de la carencia de pudor.

Y no se crea que la volupsidad eclipse la fé, únicamente en virtud de la acción refleja ejercida por la misma sobre las facultades naturales: nó, además de esta ejerce una influencia directa. Excepción digna, por cierto, de notarse: de cuantos fuegos existen, el de la pasión es el único que no difunde rayos de luz. La electricidad resultante de ese choque, llamado con insultante ironía *el contacto de dos epidérmis*, no se ha comparado sin razón á una llama; pues por lo ménos tiene de común con la del infierno, que quema sin iluminar. *Supercecidit ignis et non*

viderunt solem (1.) La experiencia lo confirma: todo aquel que ha permanecido sumergido durante mucho tiempo en las profundidades de la animalidad, acaba por no distinguir cosa alguna de las existentes en las alturas en que habita Dios: *Animalis homo non percipit ea quæ Dei sunt* (2.) De aquí el mayor número de las blasfemias y herejías que se conocen.

¿Cuál fué la causa principal de la rebelión de Lutero? No tanto debe verse en la repulsión con que miraba el heresiarca la supremacía de Roma, como en la impaciencia febril de una naturaleza vigorosa, ora para sacudir el yugo de los conventos en general, ora principalmente para librarse del voto de castidad. ¿A qué se debe el que Montano, despues de haber obrado milagros, despedazara el seno de la Iglesia? A que su fé naufragó en el desbordamiento de sus costumbres. No debe causar sorpresa que tales pecados lleven como justa recompensa tales castigos. En todos los demás desórdenes el espíritu queda vencido por sí mismo: en el que nos ocupa, el espíritu sucumbe á la carne. Que la carne del hombre, dice Tertuliano, se haya de-

(1) Salmos, 87 8.

(2) I. Cor. 2 14.

gradado antes de la Encarnacion, se comprende; pero que haya caído en adulterio, despues de haberle dispensado Dios la honra de tomarla por esposa, constituye un olvido y una infidelidad que no merecen ser perdonados.

¡Espantosa teología imaginada por un génio fogoso y desapiadado! Y sin embargo, puede decirse que acaso sea esta la única herejía fundada en la castidad. En cambio, ¡cuántos errores han nacido ó se han propagado en virtud del dominio más ó ménos manifesto de un hábito contrario á las buenas constumbres! Da aquí que no tengamos palabras para expresar la compasion que nos inspiran aquellos incrédulos que aquí y allá encontramos en el camino de nuestro apostolado, cubiertos de inmundicia y solicitando la voz de un gran profeta que les ilumine. Para que se levanten basta el auxilio de una mano caritativa. La verdad es una reina á la cual no debe llegarse llevando manchada la frente: para merecer la distinción de ser admitido á su presencia, es indispensable purificarse por medio de santas abluciones, ántes de pisar los umbrales del palacio en que habita. Lo que el hombre no puede comprender mientras permanece esclavo de los sentidos, alcánzalo fácil-

mente con tal que siga una senda immaculada. *Intelligam in via immaculata* (1.)

Las tempestades de la disipacion en el alma destruyen otra virtud sobrenatural, y reaccionan contra la fé, arruinando la esperanza. ¡Hermosa religion, dice Chateaubriand, la que hace una virtud de la esperanza! ¡Qué concepto formáramos, pues, de una pasion que arrebató á la humanidad este bien y este honor! Y no obstante, el que ha hecho del vicio una costumbre, una necesidad, y casi un sistema fisiológico, se encuentra en oposicion con la esperanza, en virtud de dos tendencias extremas de su pasion: la desconfianza y la confianza llevadas hasta el exceso.

En cuanto á la desconfianza, se comprende fácilmente. El abuso de las pasiones desordenadas engendra paulatinamente en el alma trístísimas decepciones; á fuerza de sentirse debil acaba el hombre por desconfiar de sus propias fuerzas; considera la castidad un ideal quimérico muy bueno para perseguido; pero imposible de alcanzar. Bajo el dominio de esta conviccion desde las aspiraciones más virtuosas precipitan-

(1) Psal. 109 1 2.

se en los abismos más profundos: durante esos períodos de descorazonamiento, su desencanto provoca sus caídas, las caídas producen más intensos desencantos, y no obstante juzgarse desgraciado por vivir encenagado en el vicio, reincide en él á fin de olvidar su desventura, como el que tiene el hábito de la embriaguez se entrega á la bebida que le embrutece. San Pablo había previsto esa postracion dolorosa de los voluptuosos, cuando nos los representa precipitándose á la comision de las más desesperadas iniquidades (1).

Y no obsaante, en virtud de un contraste inexplicable, el esclavo de los sentidos, que por un lado es presa de la desconfianza, abre por otro su alma á la presuncion: nada espera de su libertad, y al propio tiempo abraza las más locas esperanzas fundado en la misericordia de Dios. ¿Son sus faltas tan dignas de interés....? ¿Cómo es posible que las castigue el Juez Supremo? Las cadenas que le aprisionan son tan duras é inquebrantables, tan excusables las faltas cometidas, que no hay para qué temer el que se le condene á severas expiaciones, tanto más, cuan-

(1) Ezequ., 4 19.

to que las consecuencias pasajeras de su pecado constituyen con frecuencia harto castigo. ¿Qué necesidad hay, pues, de un infierno para completar esta justicia severa ya de suyo? En una palabra: llega un instante en que el voluptuoso, en lugar de acusarse, se siente dominado por la compasion que á sí mismo se inspira. Lamentáse como víctima en vez de juzgarse culpable, y en el fondo de esa piedad interesada respecto de sí mismo, lleva el górmén de todas las transgresiones contra la ley moral y los dógmas que le sirven de fundamento. Y es que el hombre no puede vivir en el crimen sin contar con algo que lo exprese, y no encontrando razon que lo tranquilice, busca la excusa en la blasfemia cuando no logra encontrarla en otra parte. Ya hemos emitido el siguiente pensamiento de un doctor: Los antiguos formaron los dioses á su imágen, para poner sus pasiones bajo el amparo de esta semejanza. El voluptuoso de los tiempos modernos no puede hacer la divinidad á su semejanza, y como no quiere hacerse á semejanza de la divinidad, para asegurar su impunidad, ha recorrido al expediente de suprimirla.

No hace mucho tiempo que los órganos del libre pensamiento nos daban cuenta al par de la vida poco moral de un crítico famoso y de su

muerte anticristiana. El correctivo del segundo escándalo hallábase contenido en el primero. En efecto, si Sante-Beuve vivía de una manera tal, que no puede excusarse de modo alguno en un anciano, procedía de ser incrédulo? ¿No puede más bien decirse que era incrédulo porque vivía como vivía? Hablando de los enemigos de Cristo ha dicho este escritor: «Fijese bien en ello la atención: les falta algo en el corazón ó en la cabeza.» Y á él, ¿qué es lo que le faltaba? En primer lugar el desinterés por las glorificaciones ateístas que le embriagaban; después y principalmente, la pureza de alma que asegura la imparcialidad del juicio.

Hace mucho tiempo, por desgracia, que los transportes de la carne corrompen los pensamientos de la humanidad. Para preservar á Israel de la idolatría, prohibió Dios á su pueblo que pudiera enlazarse con las hijas de las naciones. Cuando Jeroboam quiso obtener apostasías en el seno del pueblo elegido, no le envió profetas, sino legiones de mujeres perdidas. Hoy mismo constituye este vicio una rémora poderosa para el progreso de la verdad, y la causa de resistir á ella tantos hombres y tantos pueblos, de buscarse en el principio de que no quiere

comprender por temor de verse obligado á obrar bien y rectamente (1).

Díganos el lector de buena fé, ¿existen muchos incrédulos que, un día ú otro, hayan dejado de poner la sombra de una vida desarreglada entre ellos y la verdad? Acaso el mal no sea de hoy; pero el hombre sufre la ceguera causada por sus pasiones aun después de haber estas desaparecido. Es el fango que queda como resultado de una inundación cuando el río ha vuelto ya á su cauce.

No permita Dios que consideremos á todos nuestros adversarios como hombres de costumbres depravadas; mas fuerza es convenir que muchos de ellos serían ménos hostiles al cristianismo si tuvieran algo más de la moral cristiana. La lujuria se asemeja á esas afecciones morbosas que llevan consigo la pérdida de la vista; pues aunque el efecto de la enfermedad se siente en los ojos, la enfermedad en sí misma reside en otro punto y en él debe ser atacada si se quiere recobrar la luz.

(1) Como todo este volumen es el desarrollo del capítulo titulado: De la dificultad de creer, II, Lib. I. Part. primera nos vemos precisados á reproducir algunas de las fórmulas en él mismo consignadas

Platon nos ha dejado de esta verdad un bellissimo comentario, cuando hablándonos de las almas obscurecidas y materializadas por la sensualidad se expresa en los siguientes términos: "Tómense esas almas en su infancia; quítese y sepárese de ellas lo que en ellas dejaron las pasiones inmediatas á la generacion: apárteselas de esas pesadas masas adheridas á los placeres de la mesa y á otras voluptuosidades del mismo orden; hágase por desembarazarlas de ese peso que fuerza los ojos del espíritu á mirar á los objetos inferiores, y verémos esos mismos hombres, libres de tales obstáculos, dirigiendo sus miradas hácia la verdad, y penetrar en esta tan profundamente, como penetran hoy en aquellas hácia las cuales las dirije (1)."

(1) Republ. lib. VII. 519 y lib. IX 586.

CAPITULO II.

ORGULLO É INCREDLIDAD

Nada tiene de particular que el orgullo tenga poder bastante para ocultarnos la verdad, cuando lo tiene para ocultarse de nosotros mismos. No existe pasion alguna que mejor se sus traiga á nuestras miradas. Lo que más bien caracteriza al orgullo es el de creérsele tanto menos cuanto más lo es.

"La verdad tiene echadas tan profueadas raíces en el corazon humano, que cualquier pelafustan, un pinche de cocina, un miserable galopo se envanece y pretende tener admiradores. ¡Qué mucho si basta quieren tenerlos los filóso-

fos! Los que escriben contra la gloria quieren tener la gloria de haber escrito perfectamente; y los que lo leen quieren tener la gloria de haber leído: yo mismo que esto escribo, me hallo dominado por idéntica aspiracion, y es probable que lo mismo acontezca á los que me leerán (1).

Impenetrables arcanos de la miseria humana! Cuantas humillaciones nos proporcionaria el estudio de nosotros mismos, si no dejara la noble compensacion que indican estas palabras: «Es verdaderamente grande el que conoce su pequeñez (2).»

No pretendemos abusar de las ventajas que contra la incredulidad nos proporciona este argumento. Transformar á todos los adversarios en otros tantos orgullosos que mienten para llamar la atencion, constituiria una manera harta cómoda de deshacerse de ellos.

Añadamos tambien que esto constituiria un juicio más estricto que sumario: en ciertas negaciones existe verdadera sinceridad y pueden hallarse almas muy leales, con todo y estar do-

(1) Pascal, Pensamientos.

(2) Idem.

minadas por el más grosero escepticismo. Con todo, dentro del campo de la observacion verdaderamente filosófica, ¿no hay motivos para pensar que habria ménos incógnitas, si existiesen ménos espíritus presuntuosos? Toda negacion encierra esencialmente un gérmen de presuncion. La fé es la sumision á la palabra de Dios y á la de la Iglesia. La incredulidad es la preferencia que se da á los pensamientos propios sobre los que proceden de la autoridad religiosa. No hay quien falte á la fé que la verdad cristiana merece, como no sea por exceso de fé en sí mismo. La filiacion entre el orgullo y la blasfemia puede pues establecerse fácilmente. La segunda constituye un acto de exicision, de particularismo que implica lógicamente el primero. La Escritura no establece un aserto gratuito cuando sienta que «El comienzo del orgullo humano consiste en renegar de Dios (1).»

Y en efecto: ¿Cuál fué el principio de la eterna ceguedad de Satán? La pretension de igualarse á Dios. ¿Cuál fué la causa de la rebelion del primer hombre? El deseo de saber tanto como Dios. Por su parte el bondadoso autor del

(1) Ezele, 2. 14.

Evangelio anuncia que los secretos, impenetrables para los soberbios, serán revelados à los pequeños. Manifiesto y convincente acuerdo entre la revelacion y la razon para que veamos en la presuncion del espíritu una fuente de obscuridad, y en toda incredulidad formal lo opuesto à la modestia intelectual.

Aun cuando se considere como un mito la caida de Lucifer, no es posible dejar de sentirse penetrado ante la grandeza de una idea que hace brotar las tinieblas de una rebelion del orgullo: aun cuando no se preste fé al dógma de los castigos divinos, es imposible desconocer que en la vida de cada hombre el orgullo constituye la causa más fecunda de los juicios y de los actos erróneos. A poco que los fijáramos en la parte inmensa que tiene esta pasion en las determinaciones de nuestra especie, nos quedaríamos sorprendidos de que el mundo no se hallaba sometido todavía à la confusion de Babel, si no recordáramos que el Evangelio le salva del caos intelectual por medio de un sacrificio perpetuo de humildad intelectual: el acto de fé en Jesucristo.

Yo bien sé que el incrédulo procura ocultar à sus propios ojos el orgullo de su conclusion por la sencillez de su intencion. Segun él, dudar es

más bien sufrir por causa de Dios que despreciar la diuinidad. Las repulsiones que siente hácia la fé, son para él motivo de dolor, y por tanto no pueden ser causa de vanidad. Cuestion compleja en la cual algo de verdad oculta mucho falso. Procedamos, pues, à la diseccion de la incredulidad, y pondremos de manifiesto los elementos de que se compone.

De seguro son muy pocos los incrédulos que hagan explicitamente esta orgullosa profesion de independenciam formulada ya en tiempo de David. «Nuestros lábios nos pertenecen: ¿quién es nuestro maestro?» Mas esta disposicion es el fondo implícito de toda insubordinacion contra la fé. ¿Quién será capaz de enumerar el cúmulo de amor propio que se encierra en el escepticismo del más humilde escéptico!

Amor propio de explicárselo todo. Esta palabra de Bayle *el comprender es la medida del creer*, constituye esencialmente la incredulidad. Cierto que al espíritu le cuesta creer lo que no comprende; mas, ¿de dónde procede esta repugnancia, si no es de una ambicion intelectual que querría alcanzar más allá de los límites fijados à la razon? La pretension de abarcarlo todo constituye la expresion de un orgullo trascendental, y, añadamos tambien, de una sabiduria incom-

pleta, ya que, según simula Julio Simón, *solo los espíritus débiles presumen explicárselo todo y comprenderlo todo* (1).

Amor propio de no creer más que en sus propias fuerzas. Constituye para el incrédulo una verdadera monomanía el someter á su juicio particular las verdades mejor probadas, más acreditadas y más extendidas. Y sin embargo, «la docilidad de que procede la fé, no es contraria á la dignidad; lo es únicamente al orgullo. Seamos hombres para con los hombres y niños para con Dios» (2). Por lo demás, esta deferencia está prescrita al hombre, so pena de ser víctima de terribles represalias, porque «el que se rebela contra el Evangelio, se hace esclavo de sí mismo, esclavitud que hace posibles todas las demás, por lo mismo que trae una degradacion en pos de otra (3)». La hermosa ley que dice: *el que se humilla será elevado*, tiene su principal aplicacion á la inteligencia humana.

Amor propio de la singularidad. Digásenos de buena fé si no entra tambien por mucho en la manifestacion de ciertas negaciones el afán de

(1) La religion natural.

(2) Joubert, Pensamientos, t. II.

(3) Mme. Swetchine, Pensamientos, t. II.

distinguirse de la mayoría de los espíritus. ¿No es verdad que exista una especie de libre-pensadores, que se empeñan en los sistemas más singulares, movidos por el deseo de apartarse de los caminos trillados, y persisten en el error para alejarse del sentido comun? El amor desordenado de la originalidad es una vanidad característica de estos tiempos: cada cual quiere ser el inventor de una idea, importando muy poco que sea lo más absurdo que pueda imaginarse: el mundo está lleno de gentos que prefieren ser autores de una nueva paradoja á llamarse discípulos de una verdad antigua. El Padre Hardouin decía que no se levantaba á las cuatro de la mañana para pensar cómo piensa el resto de sus semejantes. Pues bien, son muchos los incrédulos que no tienen, para serlo más motivo que este, bien que no lo confiesan con tanta franqueza. ¿Qué sería menester para hacerlos religiosos? Que dejaran de serlo el comun de los mortales.

Admitamos, sin embargo, que en algunos no reconozca, en un principio, semejante origen la incredulidad. Si el hombre no llega siempre por el camino del orgullo á la rebelion del espíritu, por lo ménos es muy frecuente que gracias al orgullo persista en ella,

La historia prueba que bajo el golpe del infortunio, de la experiencia y de mil peripecias, los mortales desconocidos se convierten. El sacerdote se encuentra frecuentemente en su camino con seres que despues de haber perdido la fé vuelven à ella. ¡Quién será capaz de enumerar las abjuraciones de esta naturaleza que recibe diariamente en el santuario, sin testigos de la intimidad sacramental! Y ¿de dónde procede que tales extraviados vuelvan al redil la ortodoxia sin grave dificultad, siquiera pertenezcan al número de los seres distinguidos? Dé que la obscuridad les deja aún la libertad de retractarse. En cambio, desde el momento en que el hombre há adquirido cierto grado de notoriedad en la negacion, vése dominado por esa misma notoriedad: su triste gloria le obliga; la unidad de su vida no le permite retroceder; y en tanto que, científicamente, retoca incesantemente esos sistemas en nombre del progreso, en el órden religioso, bajo el pretexto del progreso, reduce su pensamiento á inmutables negaciones.

Muchos son los filósofos que nos han dejado la confesion cínica de sus faltas; muy pocos, empero, los que han hecho lo propio retractándose de sus falsas ideas. Y es que el hombre pone más fácilmente de manifiesto las llagas de

su alma que las debilidades de su espíritu. ¿Por qué razón, despues de haber parodiado á San Agustín en la declaracion de sus debilidades morales, no hacen los incrédulos, á su ejemplo, debida justicia á sus errores? Porque la publicacion de ciertas faltas, por lo mismo que comunican cierto relieve al que las comete, y más aún al que las confiesa, proporciona una satisfaccion de amor propio. No acontece lo mismo con las caidas de la inteligencia. La Rochefoucauld nota con razon que se hable más fácilmente mal de su memoria que de su juicio. Para enmendarse honrosamente en sus opiniones, se necesita más que el valor de aciminar su juicio; es menester tambien una magnanimidad capaz de pisotear los orgullos más tiránicos que pueden señorear la vida humana.

Orgullo del escritor. Escritores irreligiosos existen que se hacen leer, más bien por su mérito literario que por su incredulidad. Sin embargo, cuando han llegado á conquistar el título de oráculos de un público entusiasta y numeroso, no necesitarían hacer uso de una gran abnegacion para declarar que sus escritos no son dignos de la simpatía que se les concede. Llega para ciertos hombres un momento en que los frutos de la inteligencia constituyen su único y exclusivo

amor: la pasión de autor llega á sobreponerse hasta á los afectos de la familia. Este egoísmo no les permite distinguir en el mundo un interés superior, y pedirles que obdicaran una parte de su gloria en provecho de la verdad, constituiría á sus ojos casi un atentado á su honor. Cierto que cubren con frases habilísimas esta negación de justicia; mas los subterfugios que en el concepto de los hombres pasan por actos de buena fé, serán confundidos ántes la inexorable luz de los juicios divinos.

Orgullo del sábio. Es este uno de los más poderosos que jamás se haya impuesto al espíritu humano. Los literatos, abstracción hecha de sus ideas, áun pueden ser leídos. Un libro de ciencia, falso en sus principios ó en sus conclusiones, solo excita la curiosidad de los anticuarios, y cae muy pronto bajo el dominio de la arqueología. ¡Y sin embargo, el sábio ha menester más virtud para reconocer el poco caso que se le hace, que un escritor de imaginación! Que el geólogo haya levantado su sistema sobre el principio de la eternidad de la materia; desde el instante en que admite la tradición bíblica, todo su edificio científico se viene al suelo: que el naturalista contemple á la humanidad como el ejemplar perfeccionado y la más acabada edición producida

por la naturaleza, de una raza de animales que aprendió á marchar en dos piés hace muchos millones de años, y este hombre no puede creer en la divinidad originaria de su especie, sin confesar que tomó por ciencia pura los sueños engañadores de imaginaciones calenturientas. Suprimase, en una palabra, la verdad en las obras de los sábios, y esas obras no podrán subsistir, pues el estilo, la forma, no es más en ellas que el paño colocado por un pintor sobre un maniquí. Téngase en cuenta, además, que la ciencia inspira á sus adoradores el más soberano desden hacia las creencias del vulgo; que el amor de los sistemas y á las teorías personales es la concupiscencia del orgullo bajo su forma más atractiva, y se comprenderá cuánto ha de costar al sábio el proclamar que, en materia de religion, los labriegos que cultivan sus fincas han tenido más razón que él.

El orgullo del hombre de partido constituye tambien un obstáculo insuperable para llegar á la verdad, siendo incrédulo. No es necesario tener un conocimiento profundo del corazón y del mundo para comprender la acción que los roces y la atmósfera ambiente ejercen sobre las ideas del hombre. Se sabe tambien que segun la tiranteza de la preocupacion lo más honroso es no tan

to tener opiniones justas como no cambiar. Bajo el imperio de este error, fórmanse agrupaciones de personas unidas simplemente por la comunidad de ideas: tales son los partidos, las pandillas de la filosofía. El que entra en una de ellas, recibe de sus correligionarios un saludo fraternal: el que se sale, vése tratado como un renegado. A veces el escritor filósofo se vé alistado á título de orador en una lógia masónica y de libre pensador conviértese en sectario; siendo dos, en vez de uno, los vínculos que le encadenan. ¡Cuán difícil es que la fé triunfe en un espíritu semenjate de todas las influencias que le trabajan! ¡Cuántas pequeñas dominaciones sufre esta alma, sin darse siquiera cuenta de ello! Lo que dirán los amigos constituye frecuentemente el móvil de este pensamiento que imprime movimiento á tantos otros.

No se nos oculta que la desercion ofrece en todos los campos algunos caracteres que influyen en que se confunda con la traicion: hay más, reconocemos que existe un lado moral en el sentimiento, que se conoce con el nombre de culto á la bandera: con todo, no hay necesidad de convertirse en defensor de la causa de defeccion, para sostener que los deberes de la fidelidad tienen sus límites. Ante Aquel que penetra en las

entrañas y en los corazones, el hombre que no se retracta por orgullo, no vale más, desde el punto de vista de la moralidad, que el que por interés cambia de opinion.

Orgullo en el hombre público. Cuando se ocupa cierta posicion, se es orgulloso, sin darse siquiera cuenta de ello. Raras veces es completamente natural el porte del hombre que sabe que tiene sobre sí fijas muchas miradas. Por otra parte la opinion, relativa á los incrédulos célebres, no siempre es moral en sus apreciaciones. Más comun es que se recompense la persistencia en lo falso que en volver al camino de la virtud. Para afirmarse en la fé les es indispensable remontar las corrientes: para combatirla les basta con que se abandonen á su curso: y de la propia manera, en virtud de una deplorable contradiccion, aun cuando las masas estén en favor de Dios, la popularidad está contra Dios. Ahora bien, ¿dónde está el hombre público que tenga fuerzas suficientes para no dejarse vencer por los halagos de la popularidad? De cerca les hemos tratado á esos hombres: personajes de artificio, deben aguardar las últimas noticias para conocer hasta qué punto les conviene presentarse buenos ó malos á los ojos de los demás; la hemos visto y tocado esa dorada cadena cuyos es-

labores se abstienen de mostrarse cristianos por orgullo de posición, como si el cumplimiento del deber no proporcionara á todas las posiciones más gloria de la que recibe. Comprendemos que tales hombres nieguen á la verdad el homenaje de una pública adhesión, ya que para llevar á cabo semejante acto de valerosa independencia, habrían menester la libertad de pensar y el derecho de pertenecerse, privilegios que perdieron en el momento de adquirir los demás; pero, y sin que por esto dejen de inspirarnos compasión, que no acusen por lo ménos á la verdad del apoyo que le niega y de las infidelidades que cometen respecto de ella.

Hasta el orgullo del hombre privado se opone también algunas veces á la retractación de la incredulidad. ¿De qué se trata, en último resultado, para aquel que se ha empeñado en la negación, de una manera tan poco motivada? De proclamar implícitamente que se equivocó, ó á sabiendas indujo á otros á error. La manifestación de lo primero mortifica su espíritu, pues equivale á confesarse hombre de cortos alcances; lo segundo rebaja su dignidad. Son muy raros los filósofos capaces de aventurarse á tales extremos para llenar el cumplimiento de sus deberes. Teóricamente rechazan toda infalibilidad;

mas en el terreno de la práctica hacen cuanto pueden para justificar la suya. El siguiente bosquejo del incrédulo, trazado por el Apóstol de las gentes, revela un golpe de vista profundamente observador: «Si alguno hay que no preste aquiescencia á la sana doctrina de Jesucristo, de seguro es orgulloso é ignorándolo todo, pierde miserablemente el tiempo en cuestiones de poca importancia ó en disputas de palabras, de donde resultan las envidias, las contiendas, las blasfemias, los pensamientos perversos y el conflicto de las opiniones entre hombres de espíritu corrompidos (1).»

Existe por último en el alma humana un poderoso orgullo refractario á la luz: tal es el orgullo del hombre derrotado. Séres hay que después de haber atacado duramente la verdad, no le perdonan el que se haya defendido: hánle dirigido frecuentes y desleales golpes, ha logrado sobreponerse á ellos, y no saben volver del escándalo que les causa semejante audacia. De esta suerte su incredulidad se convierte en inquina cuando al principio acaso no fué más que pura ilusión. Son muchos los jefes de secta que

(1) A los Galatas, c. 6, v. 8 B.

por haberse visto acogidas friamente en Roma, han salido de ella dándole un adiós semejante al de Jugurta. La rebeldía de Tertuliano reconoce por origen, el mal trato que en su opinion recibió del clero de la ciudad eterna: Lutero para sacudir el yugo de la Iglesia, tuvo por un lado resentimientos de amor propio y por otro un sensualismo desenfadado: Lamennais alcanzado por los rayos del Vaticano, conservó constantemente un sentimiento implacable, intentó levantar la única herejía, que no tenido más secuaces que su autor. La verdad es que no hay porque sorprenderse respecto de la esterilidad de semejante rebelion. La segunda mitad de esa existencia no podia levantarse de esta condenacion lanzanda contra ella por la primera: "Todo aquel que, despues de haber creído, deja de creer, obedece á las insinuaciones del orgullo ó del sensualismo: apelo respecto del particular, tan seguro estoy de ello, á la conciencia de todos los incrédulos (1)." El piadoso Fenelon, que tuvo el valor necesario para reducir á cenizas, lo que constituye para tantos otros motivos de adoracion, nos consuela en su suave

(1) Ensayo sobre el indiferentismo, t. I cap. 6.

memoria de esas caidas que no pueden repararse, y sobre todo nos prueba que cuando el hombre se equivoca humildemente, no se equivoca para siempre.

Hemos escrito estas páginas para aquellos á quienes extravia el orgullo de los incrédulos: en cuanto á estos, estamos convencidos de que no nos dispensarán el honor de leernos. Al sábio desnudo de fé, puede aplicársele este bellissimo rasgo irónico de la Bruyere: "Como ve los hombres desde su elevada posicion en que ha logrado colocarse, le sorprende su extremada pequeñez." Si por acaso abre nuestro libro alguno de esos hombres, de seguro pasará de largo sobre este capítulo: hasta tal punto le ciega el orgullo respecto de este mismo orgullo. Desde los tiempos en que Voltaire escribía. *¿Creeis acaso que Jesucristo tuvo más talento que yo?* y en que Rousseau, terminaba la narracion de sus liviandades, desafiando á todos sus semejantes á que dijeran: *Valgo más que ese hombre*; el espíritu de humildad háse apartado de los apóstoles de la incredulidad. Mientras se preste culto á la humana inteligencia, no le faltarán pretextos para negar su adoracion á Dios.

En cambio y al revés de lo que pasa en la naturaleza, el hombre sobrenatural no ve ciertas

cosas al levantar al cielo sus miradas, y sin embargo las distingue y percibe perfectamente, en cuanto inclina la cabeza á la tierra.

¡Ay de los espíritus altaneros que no logren convencerse de ello! Con frecuencia empiezan por la curiosidad; mas la investigacion impaciente de la verdad, que prescinde de la impotencia de la inteligencia, truécase brevemente en ambicion desenfrenada. Se jacta de suprimir los límites puestos á la razon; se aspira á la luz desprovista de brumas que no se pueden disipar. Es la desesperacion del orgullo engañado.

¡Por lo demás, cuanto dejamos dicho, manifestósele substancialmente el Maestro á las fariseos. "¿Cómo es posible que podais creer, vosotros que aspirais á la gloria que os prestais los unos á los otros, y no á la gloria que procede únicamente de Dios?" (1)

(1) San Juan, 5 44.

CAPITULO III.

DE LA PASION DE LOS INTERESES MATERIALES CON RELACION Á LA FE.

Un mal hay en la tierra, por cierto harto frecuente entre los hombres; me refiero al mortal á quien ha concedido Dios el beneficio de las riquezas y que no sabe hacer uso de ellas: es esta una vanidad y una gran miseria (1). Hé aquí la cuestion del dinero establecida hace ya muchos años.

Si, solo por ignorancia ó por falta de atencion puede ser considerada como cosa nueva la codi-

(1) Ecles., 5 2.